

D) MATERIALES.

MATERIALES EMPLEADOS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA IGLESIA, SEGÚN LOS LIBROS DE FÁBRICA.

La consulta de los libros de fábrica nos permitió constatar que hasta tiempos relativamente recientes (principios del siglo XX) la práctica totalidad de los materiales empleados en la edificación, mantenimiento y reparación de la iglesia procedían del propio entorno de la misma: de la parroquia, del concejo o de otras zonas limítrofes.

Del mismo modo, en la mayor parte de los casos en que aparecen mencionadas las **herramientas o utensilios** que se emplearon para acarrear y trabajar dichos materiales, también se comprueba que fueron fabricados o reparados por artesanos del entorno. Así, por ejemplo, los “Ferreros” de Villamar y Figares, junto con otros dos denominados Santirso y Domingo Arias, participaron en la primera fase de las obras de reedificación de la iglesia (1777-1780) aportando los siguientes elementos: puntas, clavos, clavijas, herramienta para las campanas, un picón de cantera y tres cuñas de cantera con sus callos (pletinas de hierro que se colocan a los lados de la cuña). Además de esto, también se les pagó por elaborar 4 rejas, 1 llave y otros objetos y, en el caso de Domingo Arias, por *“apuntar y acerar las picas (empleadas) para romper la carretera”*. En 1784 se le pagó a un herrero local lo que se le debía por la herramienta empleada en la fabricación del retablo y la puerta.

En el caso de algunos utensilios de más sencilla fabricación, aunque no se especifica la procedencia resulta lógico suponer que también la mayor parte de ellos habían sido realizados por artesanos de la zona: para las obras de la reedificación de la iglesia se adquirieron 33 *“sardos”* (cestos de mimbre) y una pipa de agua; en 1848, un *“quiribidiello para quiribillar”* arena (una criba); en 1854 se le abonaron 3 reales a un vecino de Quintana por reparar unas *“engarías”* (angarillas) que se emplearían para acarrear los materiales con que se fabricó el muro de contención.

En las anotaciones referidas a las **obras realizadas en la iglesia antigua** quedó constancia de que los **materiales** empleados en las mismas procedían igualmente **del entorno**, que en el caso de la madera podía ser, incluso, inmediato a la misma, como se señala en la Visita pastoral de 1754, en la que se ordena a los vecinos de la parroquia

reedificar el pórtico, empleando para ello las maderas que *“tienen...junto a la Iglesia”*; ese mismo año se pagó a unos carpinteros por coger y cortar las maderas para la obra.

En 1768 se abonaron 18 reales por *“bajar 1.800 tejas...de la tejera”*, Por lo reducido del importe y el uso del artículo determinado *“la”*, se puede deducir que, efectivamente, la tejera no estaría muy lejos; sabemos por los libros de fábrica que en 1786 se compró teja en Figares, en 1855, en La Espina y, en 1860, en Bulse (parroquia de San Esteban de Doriga).

En la iglesia se conserva una teja fechada en 1702 que reúne dos particularidades que la convierten en un interesante testigo de su época (fig. 89). En primer lugar, por que presenta una inscripción realizada y datada por el futuro párroco Tomás Calleja: *“Thomas Calleja me escribió, en Vi(lla)zón año de 1702”*. En segundo lugar, porque su tipología resulta muy diferente de la predominante en nuestros días. Se trata de una pieza que debió de moldearse a pie de obra si tenemos en cuenta que la inscripción se realizó estando el barro fresco y que el párroco declara que la escribió en Villazón. La superficie presenta una textura tosca y grumosa; la forma, trapezoidal, es bastante irregular y, por último, en lugar del perfil curvado de las tejas actuales, la teja que estudiamos presenta una sección angular (I.I.C., 1999).

Este mismo modelo de teja original todavía lo podemos encontrar actualmente en las cubiertas de la iglesia y de la Casa Rectoral e, igualmente, entre los cascotes que rodean a esta última y que, posiblemente, proceden del antiguo pajar que, en 1981 ya estaba en ruinas; en ese año se procedió al retejado completo de la iglesia empleando 900 tejas nuevas y reaprovechando las del pajar.

Durante las obras de reedificación del osario, en 1770, se abonaron 24 reales por un carro de cal en piedra y 12 por *“un madero de castaño...y el trabajo de derribarlo y cogerlo”*, mientras que para la reparación del pórtico, en 1771, se pagaron 10 reales a los maestros de cantería por *“dos días de sacar piedra”* y 19 a un carpintero *“por dos días de derribar y coger (la madera para) los sobremuros y aguilonos”*, que son dos tipos de vigas que debieron de emplearse en la cubierta del mismo.

Con vistas a la edificación de la iglesia se llevaron a cabo los siguientes aprovisionamientos y preparativos. En 1774 se pagaron 80 reales a un oficial carpintero que durante 16 días se ocupó de *“derribar y coger madera”* y 96 reales a quienes se ocuparon de *“sacar la piedra para el calero (horno para quemar caliza) y de limpieza y componer la fuesa”* (hoyo cónico para quemar cal). En 1775 se pagaron 495

reales por 9.000 tejas “*que se tomaron para la obra de la iglesia*” y otros 90 por su transporte. En el año 1777, con las obras ya iniciadas, se compraron 100 canalones.

En relación con los materiales empleados durante la primera fase de la edificación (1777-1780), las anotaciones del libro de fábrica también permiten deducir que el aprovisionamiento se realizó en zonas cercanas a la obra; son las siguientes. Bajar 800 tejas de la tejera. Mezclar el primer calero; quemar los dos caleros de Meigil y de Llamas (ambos en la parroquia de Villazón) y desarmar el último. Un carro de cal en piedra que se tomó para principiar la cantería; se pagaron 44 reales a Josef Caleyá por 11 días empleados en “*sacar piedra en pena de Gaio y ayudar a su hermano a derribar madera*”; 40 reales a Juan Díaz por 10 días de “*sacar piedra en pena de Gaio, ayudar a hacer ripia (piedra pequeña) y pionar (trabajar como peón)*”; 482 reales a diversos sacadores de piedra cuyo nombre no se menciona; 82 reales “*a Cermeño por sacar toba (piedra ligera que se emplea, generalmente, en las bóvedas) en Santullano (parroquia vecina)*”; también sacaron piedra toba Bonifacio Martín y Josef Fernández Valdés, quien además compró un sardo con “*8 reales de su fratiquera*” y se ocupó de gratificar al dueño del terreno; por último, se abonaron 10 reales por “*replenar la cueva de la toba en Santullano*”.

Como acabamos de ver, **esta primera fase se centró en la edificación de las partes construidas con piedra y argamasa**. Tanto los topónimos como los apellidos de quienes participaron en el aprovisionamiento, nos remiten al entorno parroquial o municipal, lo cual resultará una constante en las anotaciones de los libros de fábrica hasta que, en los inicios del siglo XX (concretamente a partir de 1908) se empezaron a comprar sacos de cemento y de cal hidráulica.

El topónimo “Pena de Gaio”, según apunta G^a Arias (2005), podría responder a dos posibles etimologías: “realidades orográficas que guardaban algún parecido con la cresta de las aves” o “abundativos que guardan relación con la terminología de la piedra de origen céltico *GALLO “piedra”; según Arias, algunos autores opinan que, partiendo de la raíz prerromana *KAL-, *KAR- con un significado primitivo de “piedra o “roca”, pudo haberse formado *KALIO “piedra”, presente en el céltico CAIO- “MURALLA”, quizá responsable del asturiano *gayu* “saliente rocoso”, hoy de uso frecuente en Valdés, y que vive en el topónimo *lluanquín* de *El Gayo* o *La Punta 1 Gayo*.

En la segunda fase de las obras (1780-1784) se completó la edificación de las partes construidas en piedra y se procedió a cargarlas y encalarlas, pagándose 300 reales “*a los sacadores de la piedra*”, 80 “*por hacer las paredes del pórtico*”, 130 “*por*

las lanillas y blanco de la Iglesia (enfoscado y encalado)” y 27 por la conducción de la arena y el agua necesarios para estas labores.

Para la obra del trastero-osario (1788) también se contrató a diversos vecinos para extraer piedra de las canteras y, en 1786, se pagaron 99 reales por 1.500 tejas que se habían tomado previamente en Figares (parroquia de Villazón).

Pero, **tanto en la segunda fase, como en los años inmediatamente posteriores, los gastos de aprovisionamiento se centraron en la adquisición de la madera con la que se completó la edificación y la dotación retablística de la iglesia.** Se abonaron jornales por derribar, labrar y serrar madera y se pagó a diversos vecinos por suministrar madera y tablonos para los retablos. También se compraron tres castaños, vendiéndose en 1788 dos de las tablas que se habían obtenido de uno de ellos que procedía de La Folguera (en la cercana parroquia de Viescas). Ese mismo año se le abonaron 12 reales y 16 maravedís a un carpintero por dos días y medio que empleó en *“derribar y coger madera de álamo”* destinada, seguramente, a la armadura de la cubierta de la nave pues al año siguiente (1789) se le abonaron 10 reales a *“Josef Cosmea (vecino de Llamas) por dos días que ocupó en derribar y labrar álamo y cerchas”* y 126 reales por 23 días *“de trabajar en el cielo raso”*; con el término “cerchas” se refiere, seguramente, a los semiarcos o costillas que conforman los curvados faldones de la bóveda. También se le pagaron ese año 48 reales a *“Juan de Favariegas por 12 días que ocupó en buscar, preparar y labrar madera y Zerchones”* y 126 reales y 16 maravedís por 21 días *“que ocupó en el cielo raso”*, mientras que a Santiago Cosmea se le abonaron 20 reales por 4 días *“que ocupó en tomar las cerchas y hacer el tragaluz”*.

Una vez concluidas las obras de edificación, **en las obras de mantenimiento realizadas en el siglo XIX se continuaron empleando materiales del entorno**, como se puede comprobar por las anotaciones del año 1847: 92 reales a Antonio Álvarez, de Quintana, por la madera que se le compró para cubrir la trastera; 55 reales a Juan Díaz, de Villarraba, por una castañal que se le compró para lo mismo; 56 reales a Antonio Álvarez, de Figares, por una reja de hierro para la sacristía.

Casi todos los años se llevaba a cabo un “retejo” y también era habitual repasar los enfoscados y encalados de las paredes para tratar de conjurar las posibles epidemias que podían provocar los enterramientos practicados bajo el pavimento de la iglesia. Así, por ejemplo, en el año 1848 se le abonaron 207 reales y 17 maravedís a un albañil de Castañedo de Grado por 41 días que ocupó en retejar la iglesia y en *“dar lanilla y*

blanco por dentro y por fuera de ella”; para esta obra se usó 1 carro de cal en piedra y 13 carros de arena que se le compraron a Antonio Álvarez de Quintana, que en 1855 también le vendió a la fábrica una carrada de teja que trajo desde la Espina. Por estas fechas también estaba en funcionamiento, en la cercana parroquia de Linares, una tejera que era propiedad del Marqués de Villel (Señor de la Casa de Malleza) y del Conde de Miranda quienes, en época estival, la alquilaban a tejeros “de fuera de este Principado” (Inclán Suárez, 1985).

En 1887, además de comprar “*una carrada de piedra de cal calcinada para blanqueo y arreglo general de la iglesia*” se gastaron 44 reales en la pintura y el aceite con que se pintaron “*el antepecho del campanario, (el) coro, (las) puertas y (el) pórtico de la iglesia*”.

En las cuentas de la obra del muro de contención de los lados norte y oeste, realizada en 1854, también quedó constancia de la cercana procedencia del material empleado. Se compraron varios carros de cal en piedra a varios vecinos de la parroquia: José Díaz, de Lorís; Pedro González, de Llamas; Antonio García, de Las Favariegas; y José del Río, de Quintana.

En 1867, cuando se concluyó el enlosado de la iglesia, se abonaron las siguientes partidas: 18 reales por “*nueve varas de losa que sacó Fermín Lerma para la iglesia*”; 671 reales por “concluir el enlosado de la iglesia y 5 zapatas de piedra para 5 columnas del pórtico, canteros, carpinteros, peones en la cantera y otros en la iglesia”.

En las partidas de materiales registradas en el siglo XX podemos ir constatando cómo se fueron sustituyendo los materiales tradicionales por otros más modernos con ocasión de las numerosas obras de reparación, mantenimiento y restauración que se llevaron a cabo. Así, mientras que en 1906 se compró una carrada de tabla y pontones para el corredor del campanario, en 1961 se llevó a cabo una reparación del mismo empleando Uralita, material del que se compraron 5 chapas más en 1972.

En 1908 se reparó el cielo raso de la sacristía con yeso y barrotillo, se compraron “*dos sacos de hidráulica para tapizar las juntas de la espadaña*” y se pintaron con “*blanco de España*” el cuerpo, las capillas laterales, el rodapié de toda la iglesia, el púlpito y las puertas de la nave. En 1913 y 1914 se adquirieron sendos sacos de cal hidráulica para reparar el corredor y el campanario. En 1928 encontramos por primera vez la expresión “*dar arena y blanco a la iglesia*” en lugar de la tradicional “*dar lanilla y blanco*”; también se compró un saco de cemento y 1 carro de arena para

reparaciones. En 1942 se utilizó tabla de castaño nueva para el tillado de la sacristía que, en 1976, fue sustituido por terrazo.

En la restauración del año 1981 se emplearon 900 tejas nuevas, completándose la totalidad de la cubierta con las que se reaprovecharon del arruinado pajar. Se picó y se renovó el 80 % de la carga de las paredes y se aplicaron tres manos de pintura, que en el exterior fue impermeable. Se sustituyeron los canalones y el 95 % del material del pórtico: “*tabla, travesaños, vigas y columnas*”.